

Luis M. Sáenz

La alianza social: potencia y dificultades

Luis M. Sáenz es miembro del consejo editorial de *Trasversales*. Afiliado a UGT

Los ricos, los grandes grupos capitalistas y sus gobiernos destruyen nuestros derechos sociales, laborales y civiles, para enriquecerse aún más y consolidar los recortes como nuevos estándares sociales. Ante eso es necesaria y posible una alianza que implique a millones de personas y, *subsidiariamente*, a centenares de organizaciones y colectivos, y podría extenderse, en un primer paso, al ámbito euromediterráneo y en particular con Grecia, Portugal e Italia.

Las élites económicas y políticas, ante la deslegitimación de su hegemonía y de sus “relatos”, recurren a instrumentos coercitivos y autoritarios. No convencen, pero quieren vencer. Toda esperanza en que esta agresividad sea paliada con acuerdos nacionales o pactos de Estado es una ilusión, como lo es pensar que una minoría “sin miedo” podrá pararles si es lo bastante radical. Ante la fuerza que les da el poder económico y político, sólo tenemos nuestra alianza multitudinaria. Además, la alianza es posible, no es una idea de laboratorio, es un sentir común. Vivimos un ciclo de luchas sociales en el que han emergido dos grandes oleadas de activismo y protesta que tienden a converger. Esa convergencia en ciernes es el fundamento de la alianza.

La primera oleada (15M) nace, biopolítica, en mayo de 2011 en defensa de nuestras vidas amenazadas, cuestionado los recortes sociales pero también el sistema, quizá más radicalmente al régimen político que al orden social capitalista. La aportación del 15M ha sido y es decisiva. Rompió el fatalista “no queda más remedio”. Abrió vías de acción muy incómodas para los gobernantes. Convirtió la calle en espacio de diálogo y creación política. Demostró que cualquiera puede ser foco de iniciativas de acción. Creó vínculos sociales. Impregnó la dinámica de la “segunda oleada”.

La segunda oleada, más reciente, nace muy “reivindicativa” pero menos *subversiva* que el 15M. En la experiencia de lucha va adquiriendo repudio al sistema, pero aún no está decidido si será sólo repudio a “los políticos”, compatible con derivas reaccionarias, o si dará lugar a una aspiración a más democracia y de rechazo a los poderes económicos a los que sirven esos políticos. Esta segunda oleada se ha forjado en la marea verde, la respuesta a la reforma laboral (HG29Mz), las movilizaciones en el sector público, la lucha minera, la insumisión sanitaria o las manifestaciones del 19 de julio de 2012, fecha relevante como mayor expresión de la alianza en acción alcanzada hasta ahora, yendo más allá incluso de una suma entre las clásicas movilizaciones sindicales y las movilizaciones 15M.

Se ha subvalorado la segunda oleada por “economicista” y poco “antisistema”, como se subestimó al 15M por radical, incontrolable y no-representable o por ser *light* y “pequeño burgués”. Sin embargo, ambas oleadas son lo mejor que nos ha pasado. El 15M transformó radicalmente la situación con una dinámica nueva de movilización, sin la que no hubiese existido la segunda oleada. Ésta, por su parte, no “sustituye” ni se subordina al 15M, sino que genera un ensanchamiento cualitativo de la rebelión social. Ambas oleadas son importantes en sí mismas, pero más aún lo es su convergencia en un movimiento complejo más cercano a la idea *simbólica* “somos el 99%”. Sin esa tendencia de base hacia la unidad ningún acuerdo por arriba podría constituir la “alianza” de lucha contra los recortes sociales, para echar a Rajoy y para seguir transformando la realidad sin confiar en que ningún nuevo gobierno venga a “salvarnos”.

La experiencia de los esfuerzos, éxitos y fracasos en la creación de alianzas obreras en la primera mitad de los años treinta del siglo pasado puede ser útil, pues hay rasgos comunes entre el “bienio negro” y esta etapa, pero no es “fotocopiable”. La primera oleada y la segunda oleada de activismo son magmas sociales no representables. La alianza social que necesitamos no es *reducible* a acuerdos entre organizaciones sindicales, políticas y sociales. La influencia sindical en la sociedad es bastante menor que la de UGT y CNT en tiempos del “bienio negro”. Los partidos políticos “de izquierda” son mecanismos “politicistas” y electorales pero no focos de activismo social, salvo quizá algunas pequeñas organizaciones. El fluido “magma 15M” no es representable ni por sus *solidificaciones* (asambleas, comisiones, coordinadoras), pues su espíritu es la acción directa sin mediaciones “representativas”. Eso no una debilidad, sino expresión de la fuerza y del poder constituyente de una nueva realidad social inherente al 15M. En cuanto a la segunda oleada, el movimiento sindical

tiene un papel importante en ella, pero tampoco la absorbe o representa.

Entonces, ¿cómo tejer la alianza social si ésta no es reducible a suma de organizaciones, sin excluir, claro está, que haya acuerdos que jueguen un papel muy positivo, como los alcanzados por CCOO, UGT y la Cumbre Social, los consensos en el “movimiento 15M”, las unidades de acción sindical en las empresas o el acercamiento entre organizaciones anarcosindicalistas? ¿Una alianza sin “Estado mayor”? Sí, efectivamente, una alianza sin “Estado mayor”, multipolar. La iniciativa social de cada persona, de cada grupo, de cada espacio de encuentro, de cada “coalición de fuerzas”, no puede ser *encapsulada* en una cúpula representativa. Nadie tiene el monopolio de la “convocatoria” ni de las “reivindicaciones” y las alternativas.

La clave de la alianza social es el apoyo mutuo. No se trata de que la Cumbre Social, el “sindicalismo alternativo” y el 15M firmen manifiestos conjuntos, se trata de reconocer la prioridad de la movilización contra el Gobierno y las élites, con una actitud abierta a la participación en cada iniciativa, sin obstáculos a la acción común, lo que no requiere silenciar opiniones ni callar críticas. Se trata de llevar adelante la infinidad de iniciativas que tienen lugar en los centros de trabajo, las escuelas, los hospitales, los barrios, o nacidas del 15M, de los sindicatos o de la Cumbre Social, etc., juzgándolas en sí mismas y no desde “protagonismos”. Se trata del reconocimiento mutuo, de saber que no hay tiempo para que las batallas por la “dirección del movimiento” se resuelvan antes de afrontar la guerra social, de entender que cada cual tiene que defender y probar sus ideas en la lucha común para defender nuestras vidas, no en una lucha *separada*. Se trata de asumir que, por referirnos sólo a las últimas semanas, el 15S, el 22S, el 25S, el 26S, el 28S, el 29S, el 7O o el 13O no son caminos diferentes sino etapas diversas en una movilización decisiva en la que no están en juego “nuestro” partido, “nuestro” sindica-

to, “nuestra” asamblea, “nuestro” programa, sino las vidas que quieren arrebatarnos. Se trata de entender que la primera oleada de luchas, “15M”, no es patrimonio de quienes nos reunimos bajo alguna variante de esa etiqueta, pequeña y rara minoría en ese gran magma, y que la segunda oleada de luchas no es patrimonio de ninguna central sindical, que las gentes nos hemos puesto en movimiento por nuestra cuenta y que toda “forma” debe estar al servicio del movimiento, aunque tales formas sean útiles y necesarias.

Me preocupa que veo indicios de que la entrada en acción de la “segunda oleada”, en particular tras la movilización el 19 de julio, nos ha desconcertado a muchos activistas, sindicales o del 15M. Intuyo discordancia entre una corriente social hacia la unidad y la actitud de los sectores que supuestamente estamos “más politizados”, mejor dicho aunque más “ideologizados”. En la manera en que se plantean algunas movilizaciones, aún siendo oportunas y dignas de apoyo, aparecen signos de “competencia” por el protagonismo en el movimiento social. Si eso termina imperando, iremos a la derrota salvo que el propio movimiento pase por encima de supuestas “vanguardias”.

Septiembre y octubre han sido meses “calientes”. Las iniciativas sindicales y de la Cumbre Social, como el 15S y el 7O. Las movilizaciones por el derecho al aborto del 28S, con una fuerte participación de jóvenes. Iniciativas del entorno 15M, como las de los días 22S, 25S, 26S, 29S, 13O. La huelga general en el País Vasco y Navarra el 26S. Todo salió razonablemente bien. Y, sin embargo, en ninguna de ellas ha vuelto a expresarse la alianza social en construcción con la fuerza y entusiasmo del 19 de julio. Esa fuerza sigue en pie, pero no es irreversible. Hay que cuidarla. Tenemos que cuidarnos mutuamente, aunque nos separen muchas cosas y discutamos abiertamente sobre ellas.

Las movilizaciones de septiembre y octubre han sido muy importantes, confirman-

do la disposición de lucha del movimiento social. Hay signos positivos de reflexión en las organizaciones sociales. En las empresas ha crecido considerablemente la unidad sindical, en CCOO y UGT la construcción de la Cumbre Social expresa un esfuerzo de acercamiento a *una parte* del activismo social y también se ha comenzado a modificar la escenificación de las manifestaciones con cierres diferentes a los rituales discursos de varios secretarios generales, organizaciones como la CGT están haciendo un importante esfuerzo para compatibilizar su iniciativa propia con la participación autónoma y crítica en movilizaciones convocadas por el sindicalismo “mayoritario”, en el seno del 15M se logró reconducir la convocatoria del 25S de una manera razonable pese a las grandes tensiones que provocó su planteamiento inicial.

Sin embargo, esas buenas movilizaciones han estado por debajo de lo que podían haber sido y, en cierta manera, hemos perdido oportunidades. Pues bien, tenemos que aprender de esta experiencia, porque en la guerra social que nos han declarado no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar esfuerzos. Y creo que algo de eso está ocurriendo, tanto en el movimiento sindical, “mayoritario” o “alternativo”, como en el espacio 15M. Estrategias convocadas, pulsiones protagonistas e impacencias por obtener “prontos resultados” en una lucha que va a ser muy larga y dura podrían estar llevándonos a precipitaciones peligrosas, a cierto gusto por lo “espectacular” sobre la actividad cotidiana y a poner en riesgo el incipiente, pero potente, proceso de alianza social. No quiero convertir esto en un balance detallado de las últimas movilizaciones, pero propongo algunas preguntas: ¿Por qué se preparó, por parte de CCOO y UGT, tan mal el 15S, cuya convocatoria corrió semanas sin hora y lugar, de forma que en los centros de trabajo recibimos la cita sólo tres o cuatro días antes? ¿Por qué tanta precipitación en las manifestaciones del 7O, decididas el 1, presentadas el 2, cambiado el recorrido en Madrid a

mitad de semana y llegando a muchas empresas la convocatoria el viernes 5? ¿Podemos seguir, desde CCOO y UGT, actuando como si el 15M no existiese, o la declaración de la Cumbre Social denunciando la represión del 25S anuncia una mirada modificada? ¿Fue acertado que CGT, minoritario en el sector, convocase una huelga indefinida en la enseñanza madrileña para la que, como se comprobó, no había condiciones en los centros?, dicho esto desde la plena solidaridad con quienes se sumaron a una acción para la que sin duda había razones. ¿Es “alternativo”, como hicieron en Madrid el 15S Solidaridad Obrera y un sector de CNT, convocar manifestaciones a la misma hora y diferente lugar que las convocadas antes por otros, dificultando que quienes luchan en común en los centros de trabajo, de estudio o en los barrios puedan participar también en común? ¿Por qué la convocatoria del 25S provocó debates tan virulentos en el 15M y pareció que lo que más nos importaba era que “ganase” nuestra opinión favorable o contraria a los términos de la convocatoria, cuando nada impedía contrastar ideas y actuar cada cual cómo le pareciese, más aún cuando casi todo el mundo pensaba asistir aunque no avalase el contenido político inicial? ¿Por qué un movimiento tan plural como el 15M debería reorganizarse en torno a consignas políticas tan específicas como “asamblea constituyente”? ¿Qué es más “constituyente”, el proceso iniciado desde el 15M de reapropiación de los espacios públicos, de parar desahucios, de crear redes sociales de ayuda mutua, o abrir debates sobre la Constitución que queremos (si es que queremos alguna o podemos querer la misma)? ¿Cómo podemos convivir quienes creemos que el 15M sigue desplegando una gran potencia social, en la que se enmarcan las movilizaciones del 25S, 26S y 29S, y quienes consideran que el 15M está agotado y hay que abrir una nueva etapa bajo un paraguas “25S”? Paro aquí, aunque quedan muchas preguntas por hacerse. Lo que

quiero poner sobre el tapete es que tenemos mucho que reflexionar sobre nuestro propio hacer, no sólo sobre el ajeno.

Al cerrar este artículo todo apunta a que CCOO, UGT, Intersindical y otras centrales sindicales convocarán huelga general para el 14 de noviembre, coincidiendo con huelgas en Grecia y en Portugal y con acciones de lucha en toda la Unión Europea. Por mi parte, nunca pido que se convoque una huelga general porque no tengo la perspectiva suficiente para evaluar las condiciones, aunque, por descontado, si se convoca trabajo por ella y desde luego la hago. Me parece un error hacer de ella “consigna” y signo de identidad de determinadas corrientes políticas y sindicales que la agitan en todo tiempo y lugar, a veces dando la impresión de que así se piensa más en diferenciarse y atraer una parte del nuevo activismo que en la creación de las condiciones de esas acciones, de la misma forma que creo gravemente equivocada la estrategia que llevó a CCOO y UGT a la firma del “pensionazo” en febrero de 2011 y del Acuerdo para el Empleo y la Negociación Colectiva un año después, así como a la propuesta a inicios del verano de 2012 de un “Acuerdo nacional” entre Gobierno, partidos, sindicatos, patronal, estrategia no acorde a la realidad de una agresión frontal de la patronal y del Estado ante la que la aceptación de parte su “discurso” no garantiza mínimos sino que acelera nuevos recortes.

La huelga general del 14 de noviembre es un gran reto y es una gran oportunidad. Es un reto, porque no es una acción fácil, hay que trabajarla con intensidad, y hay que hacerlo no sólo en las empresas sino también en calles, plazas y todo tipo de espacios sociales. Hay que trabajarla desde el movimiento sindical, “mayoritario” o “alternativo”, pero también cada trabajador(a), pertenezca a un sindicato o no, y desde el “espacio 15M”, que hizo un esfuerzo extraordinario en la preparación de la huelga general del 29 de marzo. Hay que entenderla como movimiento de la

población asalariada, de la población desempleada, de las y los estudiantes, de las y los trabajadores autónomos. Hay que hablar con el pequeño comercio de nuestros barrios y pueblos, para que entiendan que sí hundan nuestras vidas sus comercios quebrarán.

También es una oportunidad. Una oportunidad de dar un gran paso adelante en la construcción de la alianza social. De volver a encontrarnos y converger en la acción. De supeditar los protagonismos a las necesidades del movimiento social. Incluso oportunidad de hacer más fuertes los espacios de encuentro organizado, ya sea un sindicato o un “espacio 15M”, siempre y cuando que no supeditemos el movimiento a ese auto-reforzamiento sino que éste derive de la demostración práctica de la utilidad que para el movimiento tienen esas maneras plurales de organizarse.

A mi entender, la huelga general del 14 de noviembre será más eficaz y exitosa si se concibe y presenta en el contexto de una resistencia a la ofensiva de las élites en un proceso de “guerra social” que va a ser muy duro y muy largo, un proceso en el que defender derechos elementales y condiciones de vida básicas va a requerir movilizaciones masivas y desobediencia a las órdenes liberticidas y antisociales de los privilegiados. Tanto más eficaz será cuanto más capaces seamos de abandonar la ilusión, anestesiadora o superexcitante, de que este enfrentamiento no va a ser duro y largo, a la vez que necesario y fructífero. Las luchas están cambiando y logrando muchas cosas, porque modifican nuestras mentalidades y crean vínculos sociales, la base de toda transformación que mejore nuestras vidas, pero logros “concretos”, en el sentido de que el Gobierno retire tal o cual medida, pueden tardar en llegar, aunque, a mi entender, la respuesta social siempre desacelera al menos la vertiginosa sucesión de ataques que estamos sufriendo. Crear esperanzas en otro sentido favorecerá derivas en las que, ante la tardanza de los “resultados”, se propicie la renuncia y el

pacto con el programa de desmantelamiento social, o bien acciones aventureras, secretarias y desesperadas.

La alianza social no es una “pasta” uniforme e indiferenciada. En ella deben pulular una gran diversidad de ideas, de críticas, de diálogos, de controversias. Alianza es acción común, no pensamiento único. Así que voy tratar de resumir como veo la situación y algunos ejes de actuación que me gustaría poder compartir. Algunos de ellos tienen que ver con la alianza social, pero otros corresponden a una manera determinada de ver las cosas y, por descontando, no son fundamento de una alianza que debe dar cabida a opiniones muy diferentes.

a) La prioridad es el impulso de un movimiento social contra los recortes lo más amplio posible, lo que requiere la participación de personas y entidades con puntos de vista muy diferentes.

b) Hay que fomentar, en esa acción, la alianza social que abarque a todas aquellas personas y colectivos que rechacen la actual política de “austeridad” para el pueblo y privilegio para los ricos, sin excluir ni culpabilizar a quienes votaron PP.

c) La alianza no puede construirse en torno a un programa político exclusivista, sino en torno a lo común: la defensa de cada uno de nuestros derechos pisoteados, exigencias inmediatas para atender las situaciones más urgentes de penuria social, rechazo a las élites políticas y económicas que atentan contra nuestras vidas.

d) Hay que esforzarse para que los colectivos en que participemos revisen sus comportamientos y estrategias en todo aquello que los distancia del movimiento social y dificulta la alianza. En caso de antagonismos en un momento dado entre una organización a la que pertenezcamos y la dinámica del movimiento real de resistencia a los recortes, hay que optar por éste.

e) El movimiento real se expresa tanto a través de grandes convocatorias como de “pequeñas” iniciativas cotidianas llevadas a cabo por pocas o muchas personas, cons-

tractoras del tejido social y de los vínculos que posibilitan las acciones multitudinarias. ¡Adelante con todas ellas, sin esperar que sean decididas en otro lugar! ¡No abandonemos los pequeños actos en la calle y el diálogo cotidiano del día a día! Ningún poder puede ser “asaltado” si no está deslegitimado ante la mayoría de la población.

f) Necesitamos sindicatos de clase, necesitamos 15M, necesitamos colectivos actuando en los barrios, sobre aspectos concretos, creando cultura, difundiendo información, construyendo apoyo mutuo. En la medida que queramos y podamos, impliquémonos.

g) La lógica explicativa “los recortes viene de fuera” y las propuestas “recuperemos soberanía nacional y salgamos de Europa” no corresponden a la realidad y no llevan a ningún sitio. Esto no es un conflicto entre España y Alemania, es un conflicto social a escala de toda Europa, los ricos y los Estados de un lado, la gente común de otro. Hay que intentar transnacionalizar el conflicto, generar un movimiento social euro-mediterráneo y ampliarlo a toda la eurozona y a toda la UE. Los dos pilares de este proceso pueden ser, porque ya hay vínculos creados, los movimientos indignados y el sindicalismo europeo.

h) Quienes consideramos que situaciones como la actual van inscritas en el ADN del capitalismo y que son falsas, simplistas y peligrosas, alimentadoras de populismo, las explicaciones que cargan toda la culpa a un capital financiero que, según algunos, estaría en antagonismo con el “buen capital productivo”, debemos hacer un mayor esfuerzo para explicarlo y también para tratar de comprender mejor la crisis desde el punto de vista de las dinámicas del capitalismo y no sólo desde la crítica de “los excesos”. Lo considero el mejor antídoto del riesgo autoritario y del “populismo reaccionario”.

i) El factor determinante de la transformación a la que podemos aspirar es el movimiento social, no los procesos electorales o la formación de tales o cuales partidos. Sin embargo, lo que ocurre en esos ámbitos no

me es indiferente, porque incide sobre el movimiento y hace más fácil o difícil su desarrollo. Necesitaríamos, de momento, algo como Syriza, o al menos como el Bloco de Esquerda en Portugal, pero hoy por hoy no veo las piezas para armarlo. La coalición Alternativa Galega es una experiencia interesante, sean cual sean sus resultados electorales, a la que votaría si pudiera, pero ha sido hecha totalmente desde arriba, por acuerdo entre partidos, sin apoyarse sobre una dinámica desde abajo, participativa y democrática. Pero posiblemente lo que pueda surgir, si surge, lo hará de forma compleja, mezclando lo que ya existe con activismos emergentes.

Termino como empecé. Sin alianza, perderemos. Con alianza, podemos, aunque no será fácil. Alianza no significa unanimidad ni renuncia a la crítica, ni espera para hacer a que otros hagan o acuerden hacer. Alianza es una actividad diversa, con muchos polos de iniciativa, transversales, con orientaciones no siempre coincidentes y en ocasiones divergentes, pero una actividad convergente en la acción en cuanto a los objetivos comunes que hoy pueden unirnos a millones de personas.